

caciones. En el mismo sentido, “El movimiento Libertad, mi gran decepción” refiere la experiencia política vivida con Vargas Llosa, capítulo testimonial, tiene interés por las opiniones acerca de Alan García, Hernando de Soto y el propio Vargas Llosa. Su postura es la de quien no tiene una ideología radicalizada, alejado del comunismo y de la extrema derecha, se escuda en el sentido moral.

Los últimos capítulos se tiñen de confidencias más cercanas y crepusculares. El amor, la muerte, la vida, y la experiencia de vivir el presente con su esposa Lila. Es entonces cuando evoca la desaparición de su hijo Lorenzo en 1996, a la que no se resigna, o la impactante visita a Octavio Paz invalido en silla de ruedas en 1998, y que morirá dos meses después. Szyszlo se vuelve sobre sí mismo a sus 91 años en los que escribe las memorias con la libertad de opinión ya ganada. Aparecen los seres que ama, los hijos, sus vidas, su educación y profesiones, Blanca Varela y la imposibilidad de convivencia, frente a lo que siente culpabilidad: “La recuerdo siempre con enorme cariño, pero la realidad es que en esos años no fuimos capaces de formar una unión muy sólida” (p. 96). Su esposa Lila asoma en la parte final de este capítulo venciendo el pudor ante lo que siente que es una parte importante de su vida, y ya en el último capítulo “Hoy, el viaje” entra a reproducir un diálogo con ella y la carta en la que la propia Lila refleja su relación. Subterfugio acertado que rompe el excesivo pudor de estas memorias, contrapunto y complemento de su vida es un aspecto querido, al que pretende, como otros de sus recuerdos, “sacar del torbellino de la vida cosas que uno quiere fijar” (p. 272). Se trata de atornillar el

presente, recuperar el pasado, de “guardar una microhistoria de mi generación”, dice Szyszlo, como colofón final. Sin duda lo consigue, a lo que contribuye también, en la mitad del libro, la aportación gráfica de varias personas evocadas.

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

Javier de Navascués: *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo (1945-1955)*. Madrid / Frankfurt a.M.: Iberoamericana / Vervuert, 2017. 237 páginas.

Varios libros se dedican a explicar “el peronismo”, un movimiento político de la historia argentina difícil de captar en todas sus facetas. Javier de Navascués, autor de varios libros sobre los escritores de esta época, está familiarizado con el movimiento, por lo que formula las características de forma contundente. Para ello, recurre también a los estudios históricos y sociales de esa época. En este trabajo, Navascués se dedica a examinar las relaciones de los intelectuales con la masa (peronista) según se da en textos literarios de aquella época.

El trabajo está formado por cuatro partes. Entre ellas, la introducción; un capítulo que además de la habitual presentación de la estructuración del estudio y de sus metas, sitúa al lector en el contexto, abriendo la temática a la situación mundial y de ahí centrándose en los sucesos y el ambiente cultural de la Argentina de aquellos años. Para ello, Navascués evidencia que ya desde Stendhal “el hombre de letras es capaz de sentir una imperiosa

fascinación por incorporarse a la multitud” (p. 13). Sin embargo, según él, desde el siglo XVIII reina a la vez el problema para el intelectual, de no “ser absorbido por las carencias del mismo pueblo que se dice defender” (p. 13). El análisis del manejo de la fascinación tanto como del rechazo del fenómeno de la masa, forma una parte central del presente trabajo. Es necesario, entonces, adelantar una definición del término ‘intelectual’ tanto como del de ‘masa’, lo que Navascués logra hacer de forma concisa. Explica, además, cómo estos términos fueron integrados en la literatura. El primero lo entiende como un “impulso del yo pensante hacia su sociedad” (p. 15) que se permite criticar ámbitos más allá de su competencia. Este ‘yo pensante’, no obstante, depende de su contexto, es decir, de la época en la que está viviendo. Si bien el término de ‘masa’ también está sujeto a cambios, su aspecto denigratorio es una de sus constantes. Esto se vuelve sobre todo de mucho interés con la subida de Perón y su programa político: incluir a los marginados en la construcción del país. Una programación de mucha importancia, ya que se estaba viviendo una época de alta migración, tanto del extranjero como del campo a la ciudad de Buenos Aires.

La extensa y necesaria ambientación del lector ayuda a entender las características esenciales del peronismo y los cambios entre el primer y el segundo gobierno. Así, Navascués, en la primera parte del libro, explica los proyectos educativos y el contexto histórico en ambos gobiernos de Perón. Esto permite entender los cambios de opinión de muchos de los autores sobre el peronismo a lo largo del tiempo, lo que se refleja en sus obras. Así logra el autor cum-

plir con una de las metas del libro: mostrar el distanciamiento de la clase intelectual del gobierno peronista a lo largo del tiempo, sin que eso dependiera de su campo ideológico. Con la vista general sobre el campo literario durante el peronismo, cierra la primera parte y se pasa al análisis ejemplar de algunos autores de la época.

En la segunda y tercera parte el análisis se centra en los escritores Arturo Jauretche, Manuel Gálvez, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Beatriz Guido, María Rosa Oliver, Julio Cortázar, Ezequiel Martínez Estrada y Leopoldo Marechal. Con ello, el estudio abarca un espectro desde el nacionalismo católico, pasando por el escepticismo liberal hasta la mirada de la izquierda tradicional. Aunque se pudiera suponer diferencias entre estos intelectuales, Navascués rescata los puntos de contacto entre sus obras, a través de su desafección por la masa peronista. Justifica su elección de escritores con su meta de trabajar autores que han vivido (y sufrido) esa época y que por ello, con su relato personal (aunque ficcional), la experiencia primordial de aquellos años se hace mucho más presente que en los abundantes estudios históricos y sociales que existen sobre esa época.

En el centro del análisis está la manifestación del 17 de octubre de 1945, en la que los seguidores de Perón pidieron en una marcha sin antecedentes la libertad de su líder. Tiene, por lo tanto, una importancia como mito fundacional del peronismo. En la mayoría de los casos, es vista como un carnaval o como una imagen teatralizada, explica Navascués. Significativo es que los manifestantes son entendidos como un ‘otro’, como extranjeros, como algo no perteneciente a Bue-

nos Aires; también hay los que interpretan la manifestación como una epifanía. Para algunos, entre aquellos, dependiendo del lugar de donde se la escriba, tiene un significado positivo, para otros, una anotación negativa. Como Navascués señala, además, hay vocabulario que es utilizado tanto por los peronistas mismos, como por los intelectuales en contra del régimen. En esa segunda parte entra también el estudio de los términos de la ‘masa’, ‘miedo’ e ‘ilusión’. A través de un análisis narratológico, Navascués logra rescatar las diferentes posiciones e ideologías de los autores estudiados. Al contraponer las diferentes opiniones de los distintos lados ideológicos, consigue esbozar de manera objetiva la situación de aquellos años.

A través del ejemplo de Delfina Bunge –para señalar a una autora ejemplarmente–, Navascués acerca al lector a una posición del catolicismo de aquellos años, sin dejar de señalar que la mayoría de los creyentes católicos rechazó el peronismo por interpretar a Perón como un líder fascista. Pero en la idea de “armonizar los intereses de la clase trabajadora con el orden social en aras de la patria” (p. 96) y el dictamen de la enseñanza católica obligatoria en las escuelas, algunos vieron un intento de devolverle a Argentina nuevamente una identidad católica y con ello un posible encuentro de nacionalismo y catolicismo. A través de la obra del marido de Bunge, Manuel Gálvez, considerado el “primer representante del ‘escritor profesional’ en la Argentina” (p. 97), Navascués señala la espera de “la llegada de un líder heroico y redentor” (p. 101) con el “carisma del líder [...] capaz de domesticarlas [las masas]” (p. 103). Sin embargo, con ello también se destaca el miedo de los inte-

lectuales de mezclarse con la masa, de perder su personalidad, su ‘yo’ y de disolverse en la anonimidad. A partir del segundo gobierno de Perón se puede notar, a través de las obras, el quiebre de la Iglesia con el gobierno, lo que se debe entre otros a la ley del divorcio, etc. La Iglesia se vio afectada, además, en su libertad de expresión. Así, por ejemplo, el diario *El pueblo*, en que Bunge había escrito años antes, todavía rescatando los puntos en común, fue clausurado. Las novelas de Gálvez se vuelven en aquel entonces abiertamente antiperonistas (p. 104).

Si en Gálvez se observó una posición dentro del catolicismo nacional, Navascués relata a través del escritor Jorge Luis Borges, quien “no era sospechoso de simpatías clericales” (p. 109), la necesidad de un intelectual singular ante “la amenaza peronista” (p. 109) de ser parte de la unidad de las élites intelectuales. La obra “La fiesta del monstruo” es un texto central en la literatura antiperonista, escrita en común por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, bajo el pseudónimo de Honorio Bustos Domecq. Navascués emprende un análisis detallado de la figura del protagonista tanto como de la masa que finalmente asesina al primero. Con referencias a la teoría del chivo expiatorio desarrollada por René Girard, se entiende que el protagonista, un judío, tal vez representante de la clase intelectual –por sus libros y sus gafas–, tiene que ser sacrificado por la espiral de violencia que ha creado el peronismo. Llevando la argumentación hacia el final, Navascués concluye que Perón entonces puede ser entendido como un “gestor del caos” (p. 131).

En la tercera parte, “la invasión como relato” está en el centro del análisis. Na-

vascués señala cómo se desarrollan –y cambian– los conceptos del invasor (“barbarie”) y del invadido (“civilización”) desde el *Martín Fierro*: durante el primer gobierno peronista, se refleja en la literatura argentina la toma de casas como una “invasión multitudinaria del peronismo en todos los ámbitos de la vida cotidiana, incluso el de la intimidad del hogar” (p. 148), como permite entender una lectura posible de “Casa tomada” de Julio Cortázar. Pero en el transcurso del tiempo, por ejemplo, Germán Rozenmacher, quien se adhirió al peronismo después del 1955, ve en los invasores gente antes desposeída socialmente (p. 152). O Ricardo Piglia, quien en “La invasión”, invierte los términos, y el “invasor” es el “civilizado” (p. 153). Con todo, Navascués rescata que en los años sesenta y setenta, en Argentina, sumada la situación política internacional, los escritores se ven enfrentados con la pregunta de si escribir para una élite o para la masa, y cómo acercarse y hacerse uno con esta (p. 154).

Finalmente, en la cuarta y última parte Navascués sintetiza en forma concisa lo analizado en los capítulos anteriores. Señala, resumiendo, que también los anti-peronistas, en algunos casos, describen la sensación de mezclarse con la masa como algo positivo (p. 210), pero cuando se defiende el yo frente a la multitud, el temor de mezclarse, de ser tocado, se reduplica (p. 211). Lo que, según Navascués, “aglutina a católicos, liberales, independientes e incluso a intelectuales de izquierda” (p. 211). Dejando las representaciones ejemplares de lado, destaca la política cultural de aquellos años y rescata que muchos intelectuales sufrieron bajo el gobierno de Perón la pérdida de sus puestos, o un

silencio determinante alrededor de ellos. Muchos desde allí no hablaban más sobre el peronismo, lo consideraron un “tabú lingüístico” (p. 214), sin dejar de escribir, sin embargo, entre líneas.

Con todo, Navascués logra desarrollar con el presente trabajo una nueva temática del peronismo en la literatura argentina. Los textos están puestos correctamente en su contexto ideológico y las tesis del autor son fundamentadas adecuadamente, por ejemplo, con teorías de René Girard (el chivo expiatorio) o Elias Canetti (la fascinación por la masa que convive con el miedo que produce). Los ejemplos están bien elegidos. Logra dar una reseña aunque muy breve de las obras, pero con lo esencial, para poder seguir su argumento. Su vista, además, es completa. No solo menciona las obras relevantes y las pone en su contexto, sino hace referencias a novelas de la misma índole o contrarias a lo dicho, así que el lector recibe un panorama amplio de la diversidad y complejidad de las novelas escritas en aquellos años. Además, destaca el papel del autor en los órganos oficiales y los posibles cambios que sufrió por su ideología política. Al referirse y al hacer referencias constantemente de un texto a un contexto político social o cultural mencionado anteriormente, de vez en cuando hay algunas repeticiones tal vez innecesarias, si se quiere criticar algo. A la vez estas referencias enriquecen el texto y demuestran que, como en todo, hay matices entre líneas generales, y que por eso hace falta un estudio escrupuloso para abarcar esta temática tan compleja. Así, se puede decir que Navascués logra examinar con el debido cuidado y con exactitud el movimiento y su impacto en la cultura

y, sobre todo, en los intelectuales mismos de esa época.

Por lo tanto, este libro se recomienda tanto a los especialistas del peronismo que aún no se ocuparon de la posición de los autores que escribieron en aquellos años, como también a todos los que quieren entender el fenómeno político peronista en sus bases.

URSULA ARNING
(KÖLN)

Mónica Quijano / Héctor Fernando Vizcarra (eds.): *Crimen y ficción. Narrativa literaria y audiovisual sobre la violencia en América Latina*. Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores / Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 2015. 377 páginas.

Fue en *Imaginación y violencia en América Latina* (1970) donde Ariel Dorfman enunció su controversial aunque memorable frase: “En América la violencia es la prueba de que yo existo”. No es de extrañar, pues, que el género policial —el cual ya en sus orígenes trató el tema de la corrupción y la violencia— echara raíces en América Latina. Con el tiempo, este género ha llegado a tratar temas como la violencia cotidiana, el crimen de Estado, la represión, la corrupción judicial y policial, el tráfico y consumo de drogas y la existencia de los bajos fondos; y ha representado ciudades dominadas por la inseguridad civil, en las que la figura del policía está muy lejos de simbolizar la existencia de un orden. En pocas palabras, nos referimos a un género que ha abrazado esa historia anegada por la furia,

la amoralidad y la degradación humana.

Todo lo anterior resuena, como una ola expansiva, en el libro *Crimen y ficción. Narrativa literaria y audiovisual sobre la violencia en América Latina*. El libro está conformado por quince ensayos rigurosamente escritos y documentados en los que la violencia, como eje, atraviesa una serie ecléctica de expresiones y discursos culturales: cine, literatura, televisión y la nota roja periodística. Esta gama discursiva obedece a un afán por incluir, en la medida de lo posible, las piezas que laten en el corazón de la cultura, inmersa en una compleja y desgastada maquinaria social y política; piezas que contribuyen a reforzar el imaginario colectivo en torno al crimen y sus manifestaciones en Latinoamérica. Precisamente, el propósito angular del libro es analizar y desglosar dichas representaciones pero, sobre todo, problematizar la noción tradicional del género policial, es decir, la típica convención narrativa en la que un detective, tras investigar a fondo a un criminal, resuelve el delito. Más bien, en este libro se evidencia aquello que dijo Bajtín, de que un género es el mismo y otro simultáneamente, ya que renace y se renueva en cada nueva etapa y en cada obra. Así, veremos que en el análisis de los dispositivos culturales abordados aparecen también los crímenes de Estado, lo cual se traduce, no en la identificación de un único culpable, sino en la verificación de una profunda impunidad y la existencia de ‘víctimas colectivas’. Por lo tanto, los textos analizados destilan, en no pocas ocasiones, posturas antihegemónicas, un ir contracorriente de la verdad oficial, aunque utilizando registros que cuestionan las vertientes del género, provocando a la vez una reflexión